

¿QUIEN ES Y HACIA DONDE VA EL HOMBRE?

Escepticismo, pragmatismo y hedonismo, tentaciones del hombre culto y con bienestar, que no atiende la llamada del Padre.

«El hombre, efectivamente, de suyo, no tiene un saber claro y seguro de su propia razón de vivir; sucede por ello que, cuanto más reflexivo se vuelve, tanto más se siente invadido por una duda acerca del porqué de su propia existencia, y fácilmente se convierte en víctima de la aristocrática tentación del escepticismo (¿para qué vale vivir?), o de la empírica del pragmatismo (obrar por obrar, pero, ¿para qué?), o de la que aún es peor, del hedonismo (gozar la vida, he aquí todo; ¡"carpe diem"!); Es éste un tormento que crece con el crecer de la cultura y de la posesión temporal de la civilización: el sentido de lo sin sentido, de la inutilidad de la vida. He aquí por qué la literatura tiene con bastante frecuencia un esbozo pesimista; he aquí por qué la desesperación parece el final obligado del hombre: "Nadie nos ha llamado". ¿Recordáis la parábola evangélica de los desocupados, que son después llamados para trabajar en la viña del "Padre de familia"? (Mat., 20).»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 17 de noviembre de 1971; traducción de Ecclesia núm. 1.569 del 27 de noviembre.

El hombre-tipo del secularismo contemporáneo cree que la ciencia es capaz de explicar todas las cosas y satisfacer todas sus necesidades.

«... ahora pensamos, como decíamos, en el hombre moderno, es decir, en la mentalidad del que se alimenta de la experiencia de la vida contemporánea, y que se considera autosuficiente, exento del recurso a Dios, a su Providencia, a su Presencia sobre y dentro de nosotros, a su Justicia, fuente para nosotros de temor y de responsabilidad, a su Paternidad, que apenas la consideramos, nos invita a deshacernos en amor y en alegría. Es decir, en el hombre dispensado de la relación religiosa, y solo consigo mismo y con la sociedad

"y la naturaleza que lo rodean. La idea de Dios está prácticamente
"extinguida en los que reciben la educación propia del secularismo
"contemporáneo, síntesis de todas las opiniones que niegan la Rea-
"lidad trascendente y la Verdad, bajo determinadas formas, viviente
"e inmanente dentro de nosotros. El hombre-tipo, como debería ser
"y es el discípulo del ateísmo que podemos llamar oficial, de nues-
"tra época, afirma que no tiene necesidad de Dios; basta la ciencia
"con todas sus conquistas prácticas; la ciencia, capaz de conocer y de
"explicar todas las cosas, y que satisface todas sus necesidades es-
"peculativas, prácticas, sociales y económicas.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 10 de octubre de 1973 («O. R.» del 11 de octubre de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.663 del 20 de octubre).

Vacío de la pretendida autosuficiencia del hombre de hoy, que le convierte en un pobre de deseos exasperados, engañados o desilusionados.

«Observando los enfoques de este problema en la realidad his-
"tórica, psicológica y sociológica de nuestros días, ¿podemos decir
"que el mismo, el problema religioso, ha tenido soluciones positivas?
"¿Satisfactorias? "Grosso modo", es decir, en el conjunto de la cul-
"tura profana moderna, en la mentalidad de las personas contempo-
"ráneas nuestras, debemos reconocer desgraciadamente que el dia-
"grama de la religiosidad gira hacia la negación. Lo hemos dicho en
"otras ocasiones: la indiferencia, la duda, el rechazo, la hostilidad
"hacia la religión, señalan un crecimiento negativo, al menos en las
"conclusiones especulativas y prácticas; todo tiende a excluir a Dios
"del pensamiento y de las costumbres. La vida se hace cada vez más
"profana, laica, secularizada. El hombre de hoy se considera seguro
"de bastarse a sí mismo y de poder prescindir del reconocimiento
"del nombre de Dios y de la celebración de su gloria. La legítima
"delimitación profana de los diversos campos del saber y de la ac-
"ción tiende a conseguir la superioridad total y a excluir a Dios de
"todos los campos de la vida humana.

- »Pero prestemos atención. Esta exclusión, ya sea espontánea o
"forzada, deja un gran vacío. Llegan a faltar los principios supremos
"del pensamiento y de la acción. Se pretende colocar al hombre en
"el puesto de Dios. Pero el humanismo descubre rápidamente su na-
"turaleza; es decir, no puede dejar de ser una aspiración de la vida,
"al ser, un deseo ideal, una insuficiencia, un hambre, un conato y,

"por ello, frecuentemente, al final, una desesperación, es decir, el
"abismo del absurdo. Podríamos citar una cantidad inmensa de tes-
"timonios dolorosos (cfr., por ejemplo, la de Klaus Mann, en Ponte,
"1949, págs. 1451-1464).

»Nuestra época, con el intento de suprimir el recurso a Dios, es
"decir, a la religión, calificada como inútil, más aún, perjudicial para
"el progreso humano, exaspera hasta llegar a la idolatría, es decir, a
"la exaltación absoluta, la aspiración del hombre, hasta la desilusión
"anárquica y nihilista (cfr. Marcuse, etc.). El hombre moderno se ve
"obligado a declararse pobre, un pobre de deseos exasperados, enga-
"ñados o desilusionados.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general
del miércoles 13 de diciembre («O. R.» del 14 de
diciembre de 1972; original italiano; traducción
de *Ecclesia* núm. 1.623 del 23 y 30 de diciembre).

Muchos hombres de hoy que ambicionan ser libres son ven-
cidos al adherirse a la crítica de moda que lleva al des-
interés por el problema de Dios, apegados a los proble-
mas de hoy.

«La gran pregunta se convierte en la primera cuestión. ¿Quién es
"Dios? Esta pregunta nos impide marchar hacia adelante, aunque el
"hombre de hoy conserva el interés, tanto en nuestro estudio de la
"Biblia, como del Catecismo y del Misal: el Libro de la Palabra de
"Dios; el libro que explica y nos resume el primero, y el libro que
"nos guía en el coloquio trascendente y vital con Dios. También
"porque vislumbramos que la respuesta a esta primera pregunta im-
"plica la respuesta última, a la que puede aspirar nuestra vida; en
"efecto: "Esta es la vida eterna (dirá Cristo, Dios hecho hombre)
"que —los hombres fieles— Te conozcan a Ti, solo y verdadero Dios,
"y a Aquel que Tú has enviado, Jesucristo" (Juan, 17, 3).

»Ahora bien, el hombre de hoy, ¿ha tenido el deseo y la dispo-
"sición de plantearse esta pregunta? Y muchas gentes de nuestra
"época, que tienen la sublime ambición de ser libres, ¿no se perca-
"tan que están vencidas al comienzo cuando se adhieren frecuentemente
"sin razón alguna crítica a la moda del creciente desinterés
"sobre el problema de Dios, es decir, sobre el problema religioso?
"¿Existe Dios? Y ¿quién es Dios? Y ¿qué conocimiento puede te-

"ner de El el hombre? ¿Qué relación debemos tener cada uno de nosotros con El?"

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 7 de diciembre de 1972 («O. R.» del 7 de diciembre de 1972; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.622 del 16 de diciembre).

El humanismo cristiano. Error de sustituir la teología por la antropología. No puede desconocerse la genealogía superlativa del hombre creado por Dios a "su imagen y semejanza".

«Muchos hoy sustituyen la teología por la antropología. Ven en el cristianismo un valor humano aceptable por todos; no ven la verdad divina que confiere a aquel valor humano su razón de ser y su precio infinito.

»Hoy el punto estratégico de la discusión ideológica es el humanismo. No el humanismo de nuestros recuerdos históricos, ni el de nuestra cultura clásica, sino el de la cultura y el de la sociología moderna, convertida, en algunas de sus expresiones típicas, en una utopía cósmica que hace del hombre el Dios del hombre; un humanismo que, en un persistente y pseudológico vértigo del pensamiento, se atreverá a proclamar al hombre causa absoluta de sí mismo, expresión espontánea de una vitalidad liberadora y, por naturaleza, legítima y honesta, sustitutiva de toda otra obligación alienadora. El hombre, y basta.

»Después este engrandecimiento humanístico, conocedor de los límites de nuestra vida, dilatará extraordinariamente las dimensiones de la estatura humana y nos aturdirá con el grito jubiloso del superhombre; consumiéndose secretamente por no saber satisfacer de otra forma la intrínseca vocación del hombre a superarse a sí mismo, al mundo, y dará la ilusión de poder regenerarlo autorizándolo a la conquista y al empleo de un ilimitado poder material. Pero, al mismo tiempo, este humanismo, desilusionado de sí, se aferrará al análisis científico y nos recordará la solidez realista de nuestro ser animal, asimilando sin escrúpulos la compleja criatura de elección que somos nosotros a nuestros parientes inferiores del reino biológico, también ellos fenómenos estupendos de la naturaleza, pero carentes de conciencia espiritual, y destinados inmediatamente a la solución inexorable de la muerte.

»Con el Nacimiento de Cristo celebramos, hermanos, otro humanismo. Otra concepción del hombre; y esto tiene hoy importancia

"capital; de suerte que la fiesta de la verdadera Navidad nos coloca
"en la cumbre de la ciencia sobre el hombre: la antigua sabiduría del
"«conócete a ti mismo», considerada a nivel interrogativo tiene hoy
"una propia y superabundante respuesta, si bien siempre misteriosa.

»Nuestra antropología conoce y afirma una genealogía superla-
"tiva del hombre, criatura tan bella, tan noble, tan digna de toda
"nuestra entusiasta admiración, capaz de presentar en sí misma, en
"su composición esencial, "la imagen y semejanza" de Dios (Gen.,
"1, 26), candidato a la presidencia de todas las criaturas. Ella cono-
"ce, por el camino de la fe, pero impreso en la experiencia (cfr. Pas-
"cal, 434), el drama doloroso de la decadencia original y hereditaria
"del pecado original, que ha descompuesto todas las cosas en la vida
"humana, dejando en ella nostalgias inmensas y aspiraciones insatis-
"fechas, desorden y desequilibrio en el mecanismo psicológico y mo-
"ral de su actividad, experiencias dolorosas y humillantes de seme-
"jante desarreglo congénito, grandeza y miseria que hacen del hom-
"bre una necesidad excitante y angustiosa; en el fondo del corazón,
"una necesidad enigmática, convertida en esperanza por la divina y
"misericordiosa promesa. Este es el hombre.

»Así, según es, el hombre no es perfecto; es un ser esencialmen-
"te necesitado de una restauración, de una rehabilitación, de una ple-
"nitud, de una perfección, de una felicidad. Es una vida que no se
"basta a sí misma; tiene necesidad de un complemento de vida, un
"complemento infinito. Ensalzad al hombre; pondréis en mayor evi-
"dencia su deficiencia, su imperfección, su secreta necesidad de ser
"salvado. Digamos en seguida y digámoslo todo: su necesidad de un
"Salvador.»

PAULO VI: Mensaje de Navidad de 1973-74
(«O. R.» del 27-28 de diciembre de 1973; ori-
ginal italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.674
del 12 de enero de 1974).

La idea de "la muerte de Dios" violenta nuestra razón para
negar nuestra dependencia de Dios.

«Nacemos criaturas de Dios; somos ontológicamente dependien-
"tes de El; y, quierase o no, somos responsables ante El. Hemos sido
"construidos así. Inteligencia, voluntad, libertad, corazón, amor y do-
"lor, tiempo y trabajo, relaciones humanas y sociales, la vida en una
"palabra, tiene una derivación distintamente determinada, y tiene una
"finalidad, también distintamente decidida, en relación con Dios. El

"hombre no es apropiadamente concebible sin esta relación esencial con Dios; por misterioso y trascendente, y por ello inefable, que sea el Dios eterno principio del Universo. Estamos de El pendiente, nos conoce, nos observa, nos penetra, nos conserva constantemente; es el Padre de nuestra vida. Lo podemos ignorar, olvidar, desconocer, negar y renegar de El: El es. Es vivo, es verdadero. "En El vivimos, nos movemos y existimos", como afirmó San Pablo en el Areópago de Atenas (Hechos, 17, 28).

»Ciertamente, esta "Weltanschauung", esta concepción del mundo, es hoy muy combatida; no se quiere admitir la existencia de Dios, se prefiere violentar la propia razón con el absurdo aforismo de la "muerte de Dios", más bien que alentar la propia inteligencia a la búsqueda y a la experiencia de la luz divina. El ateísmo parece triunfar. ¿No tiene ya razón de ser la religión? ¿No existe el pecado?... ¡Oh! Estamos saturados de estas ideologías. Pero estamos plenamente convencidos por la misma gracia de Dios de que Dios existe, al igual que el Sol; y que todo nos viene de El y todo va de nosotros a El. Y vosotros que nos escucháis, hijos sabios y creyentes, estáis con nosotros igualmente convencidos de ello.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 31 de octubre de 1973 («O. R.» del 1 de noviembre de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.666 del 10 de noviembre de 1973).

El hombre, ¿a dónde va con sus solas fuerzas?

«¿Verdaderamente el hombre se hace más bueno y más amable procediendo en la historia sólo con sus fuerzas? ¿Es verdaderamente capaz de instaurar un humanismo en el que los valores humanos de la persona humana sean garantizados y permanentes para todos? ¿O no sucede que la progresiva afirmación de dichos valores, si se dejan sin una defensa divina, pueden en ciertas circunstancias históricas contradecirse a sí mismos? La libertad, la justicia, la paz, ¿resisten a la prueba del tiempo y al conflicto de intereses antagónicos? El derecho ¿podrá sustituir a la fuerza, y la organización de la civilización convertirse verdaderamente en un bien común? Circulan, y justamente en estos días terribles y dolorosos, vientos de escepticismo sobre la capacidad de los hombres para ser y conservarse hermanos. La autosuficiencia del hombre para construir una civilización auténtica y universal está sometida a una triste impugnación. Los principios no son sólidos y válidos para todos; y en-

"tonces parece necesario el dominio de la fuerza, y necesaria la guerra. Y si incluso algunos principios fuesen y permaneciesen indiscutibles, ¿podemos decir que el hombre, en general al menos, tiene la virtud de aplicarlos con desinterés y sabiduría? ¿No es necesario, también aquí, el suplemento de una ayuda superior, de una gracia divina? ¿Y, por tanto, de una súplica que nos vea, a humildes y grandes, reunidos en oración?»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 10 de octubre de 1973 («O. R.» del 11 de octubre de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.663 del 20 de octubre).

Posibilidad del "hombre nuevo".

«Aludimos solamente a este complejo enredo operativo para que podamos darnos cuenta de la densidad de significado de la muy común y estupenda expresión: "Ser buenos", que quiere decir ser positivamente morales; y para que no nos sorprenda el hecho del fácil desorden que puede introducirse en el complicado mecanismo psicológico del obrar humano; desorden, ¡ay!, que existe ya en el estado potencial del hombre, tras el trastorno causado por el pecado original, con eficacia más o menos contenida y contenible.

»Y, entonces, nos preguntamos: ¿Es posible ser buenos?

"... debemos responder que sí, es posible (cfr. I Cor., 10, 13): el hombre, por su naturaleza, está orientado hacia el bien: además, contamos con un apoyo prodigioso que nos hace buenos y nos ayuda a ser buenos cada vez más; es la gracia, la efusión interior del Espíritu Santo; con tal de que le abramos la puerta del corazón, con la adhesión sincera y la aceptación profunda del Evangelio, como la Iglesia nos enseña y nos ayuda a hacer. Es éste, en el fondo, el sentido global de la vida cristiana y de la salvación que lleva consigo; ser hombres buenos, justos, firmes, libres y verdaderos, vivientes en Cristo. El hombre "nuevo" es así.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 19 de septiembre de 1973 («O. R.» del 20 de septiembre de 1973; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.660 del 29 de septiembre).

Dificultades del hombre moderno para la vuelta al reino de Dios, para lo cual se requiere que demos a nuestra conciencia la claridad y fuerza para guiar nuestras acciones en función de un parámetro objetivo y sagrado, decisivo para nuestro presente y nuestro futuro, reconociendo nuestra incapacidad y la necesidad de Su ayuda.

«Dios es la luz; si uno de nosotros llega ante ella, ¿cuál es el primer efecto que se produce? El primer efecto es que nosotros, antes de mirar a Dios, nos miramos a nosotros mismos; e inmediatamente nos sentimos invadidos por la confusión y el malestar, porque, mientras intuimos la majestad trascendente de su presencia, vemos nuestra bajeza (hasta la Virgen experimentó esta humildad metafísica; recordáis su "Magnificat", en el cual María proclama la propia pequeñez ante la grandeza de Dios? (Lc., 1, 48); además, descubrimos con humillante evidencia nuestra indignidad (cfr. Mt., 22, 12).

»Esta actitud moral-espiritual califica un género de oración que, incluso antes de concedernos un beatífico coloquio con Dios, nos da la conciencia de nosotros mismos. Podríamos llamarla oración de autoconciencia, oración refleja sobre nuestro propio ser, y especialmente sobre nuestras condiciones morales. La primera tentativa de establecer una relación con Dios implica la denuncia de nuestra incapacidad a este respecto, y la necesidad de una intervención sobrenatural suya de bondad y de misericordia para alcanzarlo. Recordad el retorno, es decir, la conversión del Hijo Pródigo en el Evangelio: "¡Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo!" (Lc., 15, 18-19; cfr. "Guardini, el Dio vivente; sul pentimento").

»Esta fase y esta forma de vida religiosa son, como todos saben, extraordinariamente importantes, y constituyen, para la mentalidad del hombre moderno, los obstáculos mayores para su vuelta al Reino de Dios, a la vida cristiana. Superar estos obstáculos no significa solamente admitir, en cierto modo, la existencia de Dios y, por tanto, la inserción de un problema religioso en nuestra vida; significa rehabilitar en nosotros el sentido racional de la obligación moral, es decir, de la inevitable relación que nuestra conducta implica con Dios, tener presente nuestra responsabilidad trascendente, dar a nuestra conciencia la claridad y la fuerza para guiar nuestras acciones en función de un parámetro objetivo y sagrado, decisivo para nuestro presente y para nuestro destino futuro.

»Debemos restablecer, por ello, nuestra costumbre de examinar-

nos a la luz de la presencia de Dios, y a la luz de la ley divina y
"del compromiso de nuestro deber. Difícil, pero no imposible. Tam-
"bién aquí, en efecto, acaso el hombre moderno está tanto mejor dis-
"puesto a la oración de arrepentimiento cuanto mayor es su repulsa
"instintiva; y esto sucede tan pronto advierte una presencia divina
"y, por tanto, una necesidad propia de misericordia.»

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 16 de enero de 1974 («O. R.» del 17 de enero de 1974; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.676 del 26 de enero).

El futuro del hombre está más allá del espacio y el tiempo.

«Habiendo examinado previamente los diversos aspectos del fu-
"turo del hombre —económico, demográfico, cultural, tecnológico,
"etcétera—, en esta ocasión os habéis ocupado de los valores que el
"hombre, como ser racional, lleva dentro de sí y de los esfuerzos que
"realiza para llevarlos a su plena realización.

»En este campo, la Iglesia, como depositaria de una doctrina tras-
"cendente y revelada, tiene ciertamente algo que decir. Ella posee ya
"una ciencia que afecta al futuro y a las realidades finales, la cien-
"cia de la escatología, y urge constantemente a sus hijos a estudiar
"las verdades sublimes que encarna, de suerte que puedan preparar-
"se a sí mismos para el encuentro final y decisivo con el Creador.
"La escatología, sin embargo, está relacionada con un futuro que
"existe más allá del espacio y del tiempo. Vuestros propios estudios
"están concentrados en el desarrollo de este mundo presente. Aun así,
"no existe contradicción entre estas dos formas de estudio, y verda-
"deramente la Iglesia misma es profundamente conocedora de los pro-
"blemas del futuro temporal y terreno. Por razón de su experiencia,
"que se remonta a dos mil años, es también una experta en humani-
"dad, y es su deseo estar presente en este campo de estudio. No pue-
"de, por supuesto, ofrecer soluciones técnicas para los problemas;
"pero, cuando se trata del hombre como portador de valores espi-
"rituales y morales, alienta gustosamente a los hombres de ciencia
"que trabajan por el desarrollo del hombre en el futuro.»

PAULO VI: Alocución al Congreso de Estudios para las vocaciones Eclesiásticas (21-XI-73) («O. R.» 22-XI-73; original italiano; traducción de *Ecclesia* núm. 1.670 del 8 de diciembre de 1973).